

"VUELVO A ESPAÑA; NO QUIERO SER UN DESARRAIGADO"

HAN pasado tan sólo cuatro meses desde los fusilamientos de Madrid, Burgos y Barcelona, y de las declaraciones en Méjico de Joan Manuel Serrat. En este espacio de tiempo, la pista del cantante parecía perdida desde España, preocupada por la enfermedad y muerte del Jefe del Estado, la proclamación del Rey y la descolonización del Sahara.

Su profesión había llevado al cantante por los caminos de América. Pero en los últimos días de este mes de enero se trasladó a Francia. Perpignan, Colliure, París y Cannes fueron algunas de sus etapas. Y en París recibió a ByN en su habitación del Gran Hotel del bulevar des Capucines.

Hasta ahora, Joan Manuel Serrat había evitado nuevas declaraciones, pero se ha decidido a hablar.

—¿Reflejó correctamente la Prensa española tus declaraciones de Méjico?

—No lo sé exactamente, porque no me llegó toda. Pero sé que algunos han intentado convertir mis declaraciones sobre el Gobierno español en declaraciones sobre mi país y mi Patria. Pero a eso ya estamos acostumbrados.

—Pero, ¿eras consciente de que la situación del momento, con el mundo excitado ante los fusilamientos y los españoles en contra de la injerencia extranjera, iban a exacerbar aún más la reacción contra tus palabras?

—Naturalmente que era consciente. Sabía lo que había sucedido otras veces y lo que iba a ocurrir. Pero cuando hablé en el aeropuerto de Méjico, apenas habían empezado las reacciones extranjeras contra los fusilamientos. Tan sólo cinco países se habían mostrado oficialmente en contra. Pero si a Huertas Clavería le habían condenado a tres años de cárcel por una línea escrita en un periódico, ¿cómo podía ignorar yo lo que pasaría con mis declaraciones?

—¿Cómo sucedió exactamente todo?

—Al día siguiente de la condena de Echeverría llegaba yo al aeropuerto de Méjico. Y allí había más de cuarenta periodistas esperándome. No provocaron esta reacción en mí, porque yo ya la había tomado. Creí que era el momento de poner en claro mi actitud.

—Pero tus declaraciones se publicaron en España casi diez días más tarde.

—Efectivamente, cuando la campaña antiextranjera era

más fuerte. Supongo que en aquellos momentos servía mi imagen en la primera página de algunos periódicos para tapar cosas más importantes. En el fondo les vino bien poderme utilizar, por mi popularidad, para desviar la atención de otras cosas.

—¿Qué has hecho durante estos meses que has pasado en América?

—He tenido la suerte de poder trabajar, porque trabajo no me falta a lo largo del año. Comprendo que es una suerte, porque otras personas que se encuentran en la obligación de vivir fuera de España no pueden conseguir mantenerse con facilidad.

—¿Te consideras, entonces, un exiliado?

—No, ni mucho menos. Creo que pronto podremos estar todos en casa y podré

seguir grabando en España. Están pasando muchas cosas en el país. Cosas que quizá no se vean en la superficie.

—¿Has tenido alguna dificultad de tipo administrativo?

—Ninguna. Incluso durante mi gira por América necesité otro pasaporte, porque se me habían agotado las páginas del mío, y me lo dieron sin ninguna pega en un Consulado español. Claro que con la misma fecha de expiración que tenía el anterior. También tuve que enviar a España un documento para que saliera mi hijo del país y así poder verle, y tampoco tuve ningún problema.

—¿Y si te hubieran denegado el pasaporte?

—No pueden hacerlo, porque no pueden dejarme indocumentado por el mundo. De hecho, sé que a algunos les

hubiera gustado que yo pidiera asilo político o algo así para acusarme de antiespañolismo.

Lleva jersey rojo y pantalón oscuro. En la habitación tiene un tocadiscos portátil, periódicos y revistas españolas, y algunos libros catalanes.

—Tu imagen ante el público español ha sufrido fluctuaciones muy fuertes: comienzos en una «nova cançó» contestataria, asimilación a través del Festival de Eurovisión, otra vez en la oposición tras la negativa a cantar en dicho Festival, de nuevo ídolo de masas en las listas de éxitos y asimilado por el sistema, y ahora la protesta de Méjico.

—¿Pero yo nunca me he considerado asimilado por el sistema?

—No quería referirme a tu posición, sino a la imagen que has podido dar al público.

—Tampoco creo que haya dado jamás esa imagen. Por ejemplo, canté en castellano ya antes de la cuestión de Eurovisión. Lo que sucede es que muchos pretendían ver en mi situación un reflejo de la suya propia y por eso me adhieren a la postura que a ellos les interesa; no quiero ponerme medallas, ni decir lo que hice o no hice durante estos años, ni citar multas ni detenciones, ni protestas ni nada de nada. Cualquier español que pasea por la calle podría ponerse muchas más condecoraciones de este tipo y con más motivos.

—De hecho, ¿las declaraciones de Méjico han sido una oportunidad de ofrecer tu verdadera imagen ante un público que podía haberse hecho otra de ti?

—Las declaraciones de Méjico tuvieron un triple efecto clarificador. Por un lado, desde el punto de vista personal, me permitieron decir cosas que llevaba mucho tiempo pensando y así clarifiqué mi postura. Fue un enfrentamiento conmigo mismo. Por otro lado, sé que hubo muchos españoles que pudieron pensar: «Me parece bien lo que ha hecho Serrat». Y también sé que otros habrán pensado mal de lo que hice. De este modo, cada uno se enfrenta a su propia postura.

—¿Qué opinas de la evolución que está proponiéndose en España?

—Me parece imposible hacer una democracia sin algunos partidos y con todas las cargas de la crisis económica sobre los hombros de los obreros. La gente está angustiada y toda la responsabilidad para evitar la inflación

Con el enviado especial de ByN

«Durante mi viaje me han renovado el pasaporte»

